



VERDAD

CARE SANTOS

VERDAD



edebé

© Care Santos, 2017

Representada por la Agencia Literaria Sandra Bruna

© Ed. Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock

Fotografía de la autora: Joan Cortadellas Huguet

1.^a edición, junio 2017

ISBN: 978-84-683-3315-1

Depósito legal: B. 8376-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Siempre he amado el desierto. Puede uno sentarse sobre
una duna. No se ve nada. No se oye nada.
Y sin embargo, algo resplandece en el silencio.

El principito
Antoine de Saint-Exupéry

Según las estadísticas, la mayor parte de los menores de edad que han sido condenados por un juez a pasar una parte de su vida en un centro penitenciario no vuelve jamás a cometer ningún delito. Los psicólogos, los responsables del sistema y los políticos lo consideran un gran éxito, que ellos sin duda atribuyen a su maravillosa manera de hacer las cosas.

De entre todos los chicos y chicas que alguna vez han estado en prisión, solo un 25,2 por ciento vuelve a delinquir. Los chicos y chicas que consumen drogas, que padecen alguna enfermedad mental o que tienen una familia horrible tienen más posibilidades de reincidir que los que no se drogan, tienen la cabeza sana y un padre y una madre normales, que se preocupan por las cosas que normalmente preocupan a los padres y a las madres. Es decir, y en resumen: si eres un pobre desgraciado que no le importa a nadie, tienes muchas más posibilidades de convertirte en un proscrito por la sociedad y terminar de nuevo en una cárcel.

Eso, según las estadísticas, claro.

También hay otros «factores de riesgo» que te pueden llevar a reincidir:

- 1) No tener un domicilio fijo.*
- 2) No vivir con tu familia.*
- 3) No ir a la escuela.*
- 4) No tener trabajo.*
- 5) Continuar relacionándote con amigos delincuentes.*

6) Tener problemas de tipo amoroso o no tener relaciones afectivas satisfactorias.

Las estadísticas no dicen nada de lo que la gente piensa de ti cuando sales de la cárcel, de modo que me inventaré las cifras (pero os aseguro que serán tan reales como las anteriores).

Cuando sales de la cárcel (da igual lo que hayas hecho, incluso si no has hecho nada), lo que la gente piensa de ti es:

a) «Eres un delincuente y no tardarás ni dos días en volver a hacer de nuevo algo horrible (el 68,5 por ciento de la gente)».

b) «Eres un desgraciado que estaría mejor muerto que en ninguna otra parte (15,3 por ciento)».

c) «No sé quién eres ni me importa, tampoco sé qué has hecho ni por qué, pero no pienso

confiar en ti por nada del mundo (16,2 por ciento)».

Lo mejor que puedes hacer es pasar de ellos, siempre y cuando ellos pasen de ti. Aunque si pasas de todo el mundo lo más probable es que tarde o temprano también termines pasando de ti mismo.

De modo que, según las estadísticas y según casi todos los que me conocen (incluyendo a mis antiguos profesores, mi familia y todos los clientes del bar de mi tía), yo soy un asesino en potencia. Un tío loco o peligroso o desequilibrado, hecho un lío o simplemente raro, que en cualquier momento puede hacer algo horrible.

Ninguno de ellos me ha preguntado qué me pasa. Nadie se ha interesado por mi versión de los hechos. Nadie ha pronunciado jamás la palabra «inocente», aunque eso es lo que soy. Lo que he sido siempre, desde el mismo día en que me detuvieron y hasta el día en que salí en libertad. Están tan ocupados juzgándome que no tienen tiempo de conocerme. Tampoco de saber la verdad.

Da lo mismo. Siempre he sido una rareza de las estadísticas. Un bicho raro que se resigna

a serlo. O tal vez solo soy un tipo con mala suerte. Alguien que se levanta cada día con el pie equivocado.

I VIDA NUEVA

Libertad

— ¡Éric González Pascual!
No sé qué sentí cuando el vigilante de seguridad pronunció mi nombre. Fue raro. Miré la hora en el reloj de la sala común. Eran las cuatro y media de la tarde. Lo primero que pensé fue en Xenia. Me había dicho que estaría fuera, esperándome. Tenía muchas ganas de verla. Y, sobre todo, tenía ganas de verla en un lugar que no fuera ni el cuarto de visitas de la cárcel ni la sala donde se celebró el juicio de revisión de mi caso. Xenia salió a testificar, y también mi tía Carmen, y mi primo Marcelo y hasta Elena, la bibliotecaria. El juez decidió, «a la vista de las nuevas pruebas presentadas», que yo era inocente. Inocente.

Un adjetivo que a partir de ahora debería aprender a utilizar, como un aparato nuevo

que hace muchas cosas, pero cuyas instrucciones has perdido.

Me ahorré solo tres meses de condena. Bueno, mejor eso que nada. Por lo menos en la cárcel pude estudiar. Terminé primero de bachillerato, todo un récord en un sitio como aquel.

El caso es que el vigilante de seguridad pronunció mi nombre y Laura, mi tutora, se levantó y me dio un abrazo.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Preparado?

Sonreí. Las palabras nunca han sido mi fuerte.

—¿Tienes la lista que hicimos?

Señalé el bolsillo de mis vaqueros. Ahí llevaba la lista, en una hoja de papel muy bien doblada. Las primeras cosas que quería hacer al regresar al mundo de los buenos.

—¿Y el dinero? —bajó la voz Laura, para ser discreta.

Laura es una persona alucinante.

—Aquí —dije, y señalé el otro bolsillo.

—No lo pierdas.

—Te lo devolveré —dije, también en voz baja.

—Claro, cielo —dijo ella, y me agarró la cara entre sus manos tibias—. Llámame si me necesitas, ¿de acuerdo?

—No lo necesitaré —dije, muy seguro.

—Bueno, por si acaso —me pareció que tenía los ojos húmedos.

El mundo puede llegar a resultarte un lugar muy hostil cuando has pasado encerrado de los catorce a los dieciocho. Da igual que salgas un día radiante de primavera en que luce un sol impresionante y que fuera te esté esperando la chica a la que quieres más que a nada en el mundo. Todos los animales necesitan un tiempo de aclimatación cuando cambian de hábitat.

Me despedí de Omar y mis otros compañeros de cuarto. No eran amigos míos, pero habían sido buenos colegas. Cuando tienes que compartir con tres tíos un espacio de quince metros cuadrados (váter y ducha incluidos) que solo tiene una puerta de hierro que se cierra por fuera, aprendes a valorar la regla de oro de la convivencia, que es el respeto mutuo.

—Cuídate, tío. Disfruta de la vida y de tu piso nuevo —me dijo Omar, palmeándome el

hombro—: Algún día nos papearemos juntos unas pizzas ahí fuera.

Le devolví el abrazo. Omar era un buen tío. Atraco a mano armada y lesiones graves. Era el más joven de una banda de ladrones de pisos. Ninguno de los dos sabíamos si nos íbamos a volver a ver.

Omar era lo más parecido a un amigo que había tenido ahí dentro. Sin contar a Merche, claro. Merche fue especial. Una chica preciosa, además de lista, con un futuro lleno de incógnitas. Ojalá hubiera podido hacer algo por ella. Cuando salió, me regaló su MP3. «Para que estés menos solo», me dijo, y me dio un beso en la mejilla. No tenía a nadie fuera. No tenía estudios, ni dinero, ni un lugar al que ir. Su único patrimonio era su belleza.

Me acordé de ella, ahora que quien se iba era yo. Merche no se alegró de salir. Y yo también tenía miedo.

Recorrí por última vez el pasillo pintado de amarillo del módulo «Garbí», el mío. El lugar donde había vivido durante los últimos cuatro años. El lugar donde cumplí los dieciocho, donde terminé la ESO, donde empecé

bachillerato, donde le escribí a Xenia aquella carta de amor interminable (suponiendo que fuera una carta). Un lugar con ventanas que no son ventanas, porque no pueden abrirse, con habitaciones compartidas, con baños sin puerta, con cámaras que te vigilan desde todos los rincones. Me despedí (para mis adentros) del televisor, de las mesas, del sofá desfondado, de la sala del teléfono, de los chirridos de las puertas de acero, de las cámaras de vigilancia. Conozco todo aquel mundo de memoria. Forma parte de mí para siempre, como mis genes, como el color de mis ojos, como la tristeza que me acompaña desde niño. Una parte de mí mismo se quedaba allí sin remedio.

Detrás de la penúltima puerta, otro pasillo, la zona de visitas, la habitación del vis a vis, la sala de espera, el despacho del director. Allí estaba Carlos, con cara de padre orgulloso. También él había salido para decirme adiós. Me miraba de una manera rara. Diferente. Igual los padres miran así a sus hijos. Nunca podré saberlo, porque mi padre nunca me miró de ninguna manera. Al principio Carlos me daba miedo. Iba de colega solo para que te confiaras

y después era un hijo de puta. Un tío duro, un funcionario de prisiones como los que salen en las pelis.

Me preguntó si tenía claro lo que iba a hacer a partir de ese momento.

—Más o menos —dije—. Lo primero, mi piso. Luego ya veremos. No pienso volver a mi barrio —me adelanté.

—Buena decisión. Tú que puedes permitírtela —dijo él.

Hablamos de Ben. No mucho, porque a Carlos mi primo no le caía muy bien, aunque solo le vio una vez, la única en que Ben vino a visitarme a la cárcel. La última vez que le vi. Hablamos también del piso. Si tenía el piso, era gracias a Ben. Él lo había comprado para los dos, como era su sueño desde que yo era muy pequeño. Encontraría la dirección apuntada en el llavero de plástico que sujetaba las llaves: calle del Profeta, número 20. Laura me había dado instrucciones para llegar hasta allí.

—¿Quieres que te acompañe? —me había dicho mi tutora—. No quiero que estés solo el primer día.

—Me acompañarán Xenia y su madre —dije.

Y eso pareció conformarla.

—No te mezcles con indeseables —me aconsejó por su parte Carlos, aunque me lo había dicho ya unas diez mil veces—. Recuerda: frecuenta solo a aquellas personas en quienes no te importaría convertirte.

—Ya —repuse.

Le estreché la mano. Le estaba muy agradecido por todo lo que había hecho por mí. Entonces Carlos se puso solemne y soltó:

—Espero que tengas toda la suerte que te mereces, chaval. Si me necesitas —se echó a reír—, ¡qué carajo!, mejor no me necesites. ¡Así me dejas en paz!

Nos reímos. Fue un alivio. No hubiera sabido cómo responder a frases solemnes.

—Lo intentaré, *dire* —bromeé.

Carlos me acompañó hasta la salida. Miré hacia fuera. A través de los cristales distinguí a Xenia. Parecía nerviosa. Mi corazón empezó a saltar. Me sentí como nunca antes. ¿Aquello era felicidad? No tenía ni idea; no tengo mucha experiencia en ser feliz.

En la garita de la salida había una mujer vestida con el uniforme de los guardias de la

prisión (nunca la había visto) que me entregó una bandeja con mis cosas. Las que llevaba en el bolsillo cuando me detuvieron: mi documento de identidad, un billete de veinte euros, tres chicles duros como piedras y mi móvil (de la era de los dinosaurios y, claro, descargado). Fue como recuperar las migas de una vida que ya no me pertenecía.

—Buena suerte —me deseó la vigilante, mientras señalaba un papel que tenía que firmar.

Un paso más allá me esperaba Alberto. Traía la caja que me dejó Ben al morir. La herencia de mi primo. Allí estaban las llaves de mi nuevo piso de la calle del Profeta. Solo dos, sujetas a un llavero de plástico con la dirección. Supuse que una era del portal y la otra, del piso. Las llaves de mi casa. Resultaba extraño incluso pensarlo. En la caja había también una baraja de póquer. Y una maraña de cables de teléfonos (sin teléfonos). Lo guardé todo de cualquier manera en mi mochila. Todo menos las llaves, que me metí en el bolsillo. Tintineaban a cada paso mientras caminaba hacia Xenia, como una música alegre.

Crucé el vestíbulo. Oí la puerta principal del centro cerrarse a mis espaldas. Clac. Un sonido

que marca el final de una época. Que separa a los delincuentes de las personas normales. El mundo de los buenos, del mundo de los malos. Había cambiado de bando. Creo que nunca me había sentido tan bien.

Miré a Xenia y eché a andar hacia ella con paso decidido.